

«Tu padre tiene que irse como sea o el próximo muerto será él»

EXTORSIÓN

Dos hijos del palacortista donostiarra Tito Llorca relatan por primera vez cómo vivieron el acoso de ETA. La viuda, fallecida en 2019, fue reconocida víctima de amenazas



Tito Llorca, en una de sus exhibiciones como palacortista.



A. GONZÁLEZ EGAÑA

Lunes, 24 agosto 2020, 13:39



Citar hoy el nombre del pelotari **Tito Llorca** trae a la memoria la exitosa vida deportiva del palacortista donostiarra que «llevó a Euskadi por el mundo», pero también saca a la luz la parte menos conocida de su vida, la angustia de una familia amenazada y extorsionada por ETA. Los Llorca se

vieron obligados a abandonar su «amada» San Sebastián tras el atentado que acabó con la vida del artificiero de la Policía Nacional Aniano Sutil Pelayo, cuando trataba de desactivar una bomba colocada junto al comercio familiar Portobello, en la calle Carquizano del barrio de Gros. «Un familiar nos dijo: 'Tu padre se tiene que ir como sea, se tiene que ir porque el próximo muerto va a ser él'. Pero él se resistía, era muy de aquí. Estaba orgulloso de su ciudad, de su país, aquí lo tenía todo, amaba su tierra», rememoran Mariví y Pablo Llorca, dos de los seis hijos del pelotari, que hablan por primera vez en un medio de comunicación para evocar quién fue el «fenomenal palacortista» y relatar la difícil vida de una familia «partida en dos» por culpa de la amenaza terrorista.

Cuando parecía que el horror padecido por el acoso de ETA había pasado y la familia comenzaba a salir del túnel, instalados ya en Gijón, un infarto paró el corazón de Llorca. Tenía 48 años. El periodista Jon Trueba escribió en este periódico, tras el fallecimiento del pelotari, que fue **uno de los mejores palacortistas que había dado Donostia**. «Su manera de jugar, rápida e inteligente, su colocación en la cancha, su habilidad con las dos manos y su increíble manera de rebotear le colocaron en uno de los primeros lugares del 'ranking' mundial amateur», repasó. Entre otros éxitos fue campeón de España doce veces y otras dos, en 1962 y en 1970, campeón del mundo. En 1974 debutó como profesional en el donostiarra Carmelo Balda.

Sus hijos confiesan que siempre han pensado que la situación de estrés generado por la amenaza de la banda y el miedo a que les pasara algo a sus hijos, fue la causa de que su corazón dejara de latir el 16 de septiembre de 1984, pese a ser «un ejemplo de vida sana». «No fumaba ni bebía, se cuidaba a conciencia, **siempre hacía ejercicio para tener buen fondo**», describen, mientras remarcan que el relato lo hacen también en nombre de Delio, Ana, Cristina y María, los otros cuatro hermanos Llorca.

«El mayor y yo nos fuimos de Donosti sin decir nada a nadie. Ni a las amigas pude contar que me iba a Gijón»

MARIVÍ LLORCA, HIJA DE TITO LLORCA

«No tenemos ningún odio ni rencor, sino incomprensión de todo lo que pasó»

PABLO LLORCA, HIJO PEQUEÑO DE TITO LLORCA

A la viuda de Tito, Pili Wangeneberg, con quien se casó en segundas nupcias años después del fallecimiento de su primera mujer, María Victoria Arruti, le fue concedida a finales de 2019 la insignia que el Ministerio del Interior otorga a **las personas víctimas de amenazas terroristas**. Pili falleció el pasado 16 de noviembre y no llegó a recibir el reconocimiento en el acto de entrega de la insignia en la Subdelegación del Gobierno en Gipuzkoa. Fue su hijo pequeño, Pablo, quien la recogió semanas después, comprobando, a su pesar, que quien se la entregó no conocía la vida de su padre. «Al día siguiente volví y les mostré toda la documentación que poseo sobre mi aita, al que perdí cuando tenía 3 años y del que no tengo ningún recuerdo», se duele. Pablo, el benjamín, siempre ha tenido el anhelo de ver algún vídeo de su padre. «Es muy duro porque encima me parezco muchísimo a él. Mucha gente me para por la calle al reconocermé y me habla de mi aita», explica. Los Llorca reivindican que la medalla para los amenazados debería ser también para los hijos, no solo para el cónyuge. «Para el Gobierno parece que ETA no ha pasado por nuestra vida. Es injusto», remarca Pablo.

–¿Su padre les llegó a confesar la amenaza que sufría?

–Mariví Llorca: El aita lo contaba todo. Vivíamos amenazados y eso influía en nuestra vida. Todas las mañanas se agachaba para mirar debajo del coche. Yo iba con él a trabajar y en vez de bajar juntos al garaje, siempre me hacía esperarle en el portal. Las cartas de ETA son del 80 y desde el primer momento supimos lo que pasaba.

–Pablo Llorca: A mí me tocó vivir las consecuencias de la amenaza. Nací en el 81 y echo de menos la figura de un padre en todos los aspectos. Lo que sé de él es por mis hermanos y mi madre.

Aunque algunos detalles se escapan por el paso del tiempo, Mariví recuerda que hubo dos cartas de la banda que llegaron con una diferencia de tres meses y que entremedio su aita «**fue con un familiar a hablar a Francia porque ETA le pedía el 'impuesto revolucionario'**». «El aita estaba bien situado con el negocio que había iniciado el bisabuelo. Además, era un tipo que destacaba, era alto para la época, atlético y decían que generaba cierta envidia», repasa. Comenzó en la tienda de Gros y luego puso la fábrica en Ametzagaña. «Vivíamos bien, pero tampoco éramos millonarios y ETA mandó una carta fuera de lugar. No sé si pedían 15 millones de pesetas. Les dijo a los de Francia que no podía pagar. No sé con quién se reunió, pero recuerdo que estábamos preocupados por si le pasaba algo. Le dijeron que no le iban hacer nada,

que estuviera tranquilo. Pero a los tres meses enviaron otra carta», relata. Mariví no olvida que vivían «muertos de miedo».

Tres años después llegaron las bombas. «**Primero pusieron una que no explotó**. La encontró él mismo, la cogió, la movió por instinto a otro lugar en la carretera y no llegó a explotar». En ese tiempo vivían todos en casa, Tito se había quedado viudo con 27 años y se había vuelto a casar con Pili Wangeneberg, de apellido belga pero de Añorga. Juntos había conseguido rehacer la vida. Los hijos mayores estaban estudiando.

–¿Cómo recuerda el día del atentado que mató a Aniano Sutil?

–M. Ll.: Vivíamos en Amara. Yo recuerdo poco, pero mi hermana Ana trabajaba allí, fue al lugar del atentado y llegó a ver restos del cuerpo del artificiero en el balcón de la casa de enfrente. Los recuerdos de ese día son horribles.

El atentado fue el 27 de marzo de 1983 y a los pocos meses Llorca tomó la decisión más dolorosa. «Ya nos llevaban tiempo diciendo: 'Os tenéis que marchar de aquí», apunta emocionada. La tienda de Gros quedó destrozada. Nunca se reabrió. En ese momento, su principal fuente de ingresos era la fábrica de Ametzagaña, que es lo que Llorca intentó reabrir fuera de Donostia. Eligió Gijón. «Aquí podía pasar cualquier cosa y mi padre temía sobre todo por nosotros. Sonaba el teléfono en casa y nos mirábamos... **Vivíamos atemorizados**. Mi aita era un hombre que del trabajo venía directo a casa y si se retrasaba un poco ya nos poníamos en lo peor. Una angustia constante», rememora Mariví.

–¿Cómo les condicionó la vida todo ese tiempo de amenazas?

–M. Ll.: Nos condicionó en todo. Mi vida de joven se me cortó de repente. Siempre hemos ayudado en el negocio. Él nos enseñó a trabajar. Pero en el momento en que nos tenemos que marchar porque hay que montar algo en algún sitio, porque hay que vivir de algo, todo se rompe. Un amigo de Gijón le dejó una trasera de un local para empezar. Mi hermano mayor y yo dejamos los estudios y los amigos, y nos fuimos de Donostia sin decir nada a nadie. Ni a las amigas les podía decir a dónde iba. Cuando aquello se puso un poco en marcha fue la madre de Pablo con los pequeños y yo me vine al negocio que teníamos aquí con mi hermana. Quería volver porque el que es hoy mi marido era mi novio entonces. Al morir el aita, Pili también regresó con los pequeños.

–P. Ll: Es evidente que nos marcó y fue minando la vida de mi padre, pero quiero remarcar que no tenemos odio ni rencor, sino incomprensión de todo lo que pasó.

–¿Han compartido con amigos lo que les pasaba?

–M. Ll: En aquella época, realmente, se sabía. Yo además tenía una amiga que estaba en una situación parecida. Llegamos a perder completamente la pista de todo durante años. Gracias a Dios, luego se ha retomado. Y tampoco teníamos opción de hacer otras relaciones en Gijón porque no hacíamos más que trabajar. Los fines de semana veníamos a ver al resto de la familia. El domingo a las tres de la mañana nos volvíamos a marchar. El aita nos levantaba a mi hermano y a mí, nos metíamos en el coche y nos íbamos a Asturias. Seis horas de viaje. Llegábamos, desayunábamos, un café y a currar.



Un Tedax de 26 años murió por la bomba contra el Portobello

El artificiero asesinado en San Sebastián, el 27 de marzo de 1983, se llamaba Aniano Sutil Pelayo. La Policía Municipal recibió una llamada anónima alertando de la ubicación de un artefacto en Gros, junto al comercio Portobello que había sufrido un atentado fallido dos meses atrás. Se avisó a los Tedax de la Policía Nacional y sobre la 1.50 de la madrugada, cuando se disponían a desactivar el artefacto compuesto por kilo y medio de dinamita, estalló alcanzando de lleno a Aniano y a su compañero Juan Manuel Martínez Aguiriano que resultó herido. Sutil tenía 26 años, estaba casado y era padre de Tania, de apenas 3 años.